

**CRIMEN DE
SEMANA SANTA**

NOVELA

Antonio Rojas Gómez

© Antonio Rojas Gómez

© **De esta edición:**

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.

Arzobispo Casanova 36, Providencia.

www.simplementeeditores.cl

contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 197925

ISBN: 978-956-8865-10-8

Ilustración de portada:

Enzo Raggi Venturini

Diseño y diagramación:

Jenny Contente G.

Impreso en:

Salesianos Impresores S.A.

Octubre, 2011.

Ch863

R741c Rojas Gómez, Antonio 1942.

Crimen de Semana Santa / Antonio Rojas Gómez - 1a. ed.

-- Santiago de Chile: Simplemente Editores,
2011.

144 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-10-8

1. Novelas chilenas. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

CRIMEN DE SEMANA SANTA

Antonio Rojas Gómez



SIMPLEMENTE
EDITORES

*Nosotros, los de entonces,
ya no somos los mismos.*

Pablo Neruda

Muchos años atrás, cuando aún no se le adhería a la piel esa fina película de cinismo que hoy lo define, Pepe Ortega conoció al comisario Mandiola. Entonces Mauricio Mandiola no era comisario sino un detective oscuro que se limitaba a obedecer órdenes de jefes distantes y aprendía que la intuición, la observación y el estado de alerta permanente eran las herramientas que le permitirían progresar en una actividad ardua, violenta y peligrosa en ocasiones, para la que aún no existía enseñanza académica organizada. Pepe Ortega tampoco era subdirector del periódico; recién comenzaba su carrera de reportero en las secciones de teatros y deportes, que constituían el aprendizaje insoslayable para los periodistas en aquellos tiempos previos a la instauración de las escuelas universitarias.

Un domingo de abril, Ortega se encontraba solo en la sala de crónica, a las nueve de la mañana, revisando las colecciones de los diarios, cuando emergió de su cuchitril el Fresco Romero. El Fresco Romero era el jefe de crónica y a su privado, un verdadero monumento al desorden, los reporteros no le decían oficina, sino cuchitril, en un alarde de su capacidad de llamar a las cosas por su nombre.

—José Ortega... ¿y Gasset? —el Fresco Romero repetía la chanza cada vez que lo veía—. ¿No hay nadie más, un reportero de verdad?

—Todavía no llegan, es muy temprano.

—Bueno, prepárate entonces, vas a tener que ir tú.

—¿Adónde?

—Un crimen, el infaltable crimen de Semana Santa. Encontraron muerta a una vieja millonaria, en una de esas antiguas mansiones de la calle Dieciocho. Llama a un fotógrafo y parte altiro, no hay que perder ni un minuto. Y abre bien los ojos, que esto no es un partido de fútbol ni un show de variedades, cabrito. A ver si te haces hombre de una vez.

El Fresco Romero le entregó un papel con la dirección y volvió a su cuchitril. Pepe Ortega pasó por el cuarto de fotografía y partió con Raúl Montoya, un gráfico avezado y caballeroso, siempre de corbata y peinado a la gomina. Y cuando llegó al domicilio de Dieciocho se encontró con Mauricio Mandiola que montaba guardia en la puerta de la casa y no le permitió el acceso.

—Soy periodista —le dijo Ortega.

—No lo dudo, pero no se puede entrar, estamos trabajando el sitio del suceso.

—Por lo menos no ha llegado nadie de la competencia —se consoló Pepe.

—No tardarán en aparecer; llegan en tropel, como moscas a la miel. ¿Cómo se enteró usted, tan pronto?

—No sé; me mandó el señor Romero, el jefe de crónica, porque no había nadie más. En realidad yo hago deportes, no policía.

—Por eso no lo he visto en el cuartel.

—En el diario tenemos un muy buen cronista policial, el Chico Torres.

—Ya lo creo —admitió Mandiola—, escribe bastante bien, y tiene muchos años de circo. Lo conocen todos y le entregan buenos datos.

—Ese es el problema —se quejó Ortega—, a mí no me conoce nadie en el sector policial y tengo que hacer un buen trabajo porque de lo contrario, el señor Romero me va a tomar para la palanca y capaz que hasta me eche y tenga que volver a las leyes.

—¿Qué? ¿Usted es abogado?

—Casi; estaba a punto de recibirme, pero prefiero el periodismo.

—El periodismo deportivo —dijo Mandiola—, porque usted escribe de deportes, ¿no?

—Escribo de deportes porque estoy empezando, pero en realidad me interesa todo, la política, el arte, la economía; y también la policía, pero cuando uno empieza, lo mandan a la sección de teatros o de deportes. Ahora voy a tener que dar examen con este caso, y usted no me deja entrar...

—Es que no puede entrar nadie cuando trabajamos el sitio del suceso. Es un crimen bastante sanguinario. A la señora le partieron la cabeza con un objeto contundente, quedó tirada en el suelo, en mitad del salón, sobre una alfombra persa, al lado de una mesita de caoba. El móvil, al parecer, fue el robo. Está todo revuelto y desordenado. Recorrieron la casa entera, el salón, el dormitorio de la señora y los otros cuartos. Deben haber buscado billetes y joyas, porque hay muchos objetos valiosos que dejaron tirados por cualquier parte.

Pepe Ortega anotaba en su libreta los detalles que le contaba Mandiola.

—¿Cómo se llamaba la víctima?

—Su nombre era Candelaria, pero desconozco los apellidos.

—¿Y la edad?

—Más de setenta tendría. Eso va a tener que preguntárselo al Inspector Sánchez cuando terminen. Yo alcancé a dar una mirada nada más y me mandaron de punto fijo a la puerta.

Mientras ellos conversaban, Raúl Montoya había caminado la cuadra, haciendo fotos del frontis de la casa. A través de una ventana disparó la cámara al interior, pero era improbable que obtuviera una imagen nítida.

—Perdón, ¿cómo se llama usted?

—Mandiola, detective Mauricio Mandiola.

—Mandiola, ¿por qué no deja que Montoyita lance una foto desde la puerta? No necesita entrar, lo que importa es que pueda enfocar y listo.

—Claro, detective, una pura foto nos salvaría.

—A ver —Mandiola estaba dubitativo—, de aquí no puede pasar, pero si es capaz de hacer una foto desde este ángulo... La víctima está hacia el lado de allá.

Raúl Montoya se encuclilló y enfocó. Apretó tres veces el obturador.

—Gracias —dijo, y volviéndose a Pepe Ortega—, no es muy bueno el ángulo, pero algo tenemos.

—Cuando lleguen los otros periodistas, no les permita tomar fotos —solicitó Ortega.

—No —dijo Mandiola—, la orden es que nadie puede entrar, y yo cumplo órdenes. Ustedes por llegar temprano no más tienen la primicia.

—Gracias, Mandiola, yo soy José Ortega, Pepe me dicen todos. Parece que estamos en circunstancias parecidas usted y yo, empezando ambos la carrera.

—Sí, yo también estoy empezando. Y me dejan de portero cuando me muero por estar adentro. Ahí es donde se puede descubrir algo que permita saber como pasaron los hechos.

—¿Quién habrá matado a doña Candelaria?

—Eso es lo que tenemos que averiguar, quién y por qué y cómo. Lo que parece obvio, por el momento, es que la víctima puede haber conocido al o a los victimarios, porque no hay señas de que la puerta ni las ventanas hayan sido violentadas, así que ella tiene que haberlos dejado pasar, a menos de que hayan ingresado por el techo y se hayan descolgado al patio.

—¿Hay patio?

—Todos estos caserones antiguos tienen patios grandes, piezas grandes, todo es grande aquí. Lo extraño es que la señora haya vivido sola en esta tremenda casa.

—¿Vivía sola?

—Al parecer. No hay nadie más. No ha aparecido nadie. Yo no sé quien la encontró ni quien dio aviso del crimen. A mí me subieron a la patrullera no más y partimos.

—¿Cuántos venían?

—Cuatro conmigo. Los otros tres colegas están trabajando adentro.

Un automóvil se detuvo y descendió un hombre alto, bien vestido, de unos cincuenta años. Se dirigió a la entrada.

—¿Señor? —le dijo Mandiola.

—Me llamaron, el inspector... —miró un papel que tenía en la mano— Ignacio Sánchez. Soy pariente de la señora Candelaria Maturana.

—Aguarde un segundo, por favor, voy a avisarle al inspector —Mandiola entró y regresó con su superior.

—¿Doctor Maturana? —preguntó Sánchez—. Lo siento mucho, pase, por favor.

—Ya sabemos el apellido —dijo Ortega.

—Así van surgiendo los detalles, de a poco —comentó Mandiola—. Este doctor Maturana debe aportar antecedentes importantes para saber quien era la víctima.

—Ojalá quiera hablar conmigo y darme también esos antecedentes. Pero si no quiere, voy a golpear todas las puertas de la cuadra porque los vecinos algo tienen que saber y seguramente van a estar más dispuestos a conversar que los parientes.

—Le va a ir bien a usted, Ortega —dijo Mandiola—, va a ser un buen periodista policial.

Eso había ocurrido muchos años atrás y ahora Pepe Ortega, en la soledad de su oficina, recordaba el vaticinio de Mauricio Mandiola en aquella primera conversación. Su oficina, no su cuchitril. Por un momento creyó verse como el Fresco Romero, pero él era muy distinto. Los tiempos habían cambiado. El periodismo era otro, el mundo era otro. En sus principios la dotación de reporteros apenas superaba la docena para elaborar un periódico de dieciséis páginas. Ahora tenía bajo sus órdenes a cerca de un centenar de profesionales, más de la mitad mujeres, que eran una curiosidad entonces, y el diario no bajaba de cuarenta y ocho páginas cada día y los domingos alcanzaba a las cien, incluidos los suplementos. Hacía bastante

tiempo que los feriados de Semana Santa no se enrojecían con crímenes alevosos; antes, el crimen de Semana Santa resultaba infaltable, una tradición sangrienta que generó muchas historias apasionantes. Pero la más apasionante de todas fue aquella que marcó su inicio en la crónica roja y el comienzo de su larga amistad con Mauricio Mandiola.

—¿A Pepe Ortega? ¡Uf...! Debo conocerlo hace cuarenta años... ¿A ver? No, cuarenta no, menos de cuarenta, pero más de treinta y cinco. Yo estaba recién llegado al servicio y él hacía sus primeras armas en el periodismo. Ambos éramos cachorritos.

El comisario Mandiola buceaba en sus recuerdos para satisfacer la curiosidad de su esposa, sentada a su lado en el bus que los conducía de regreso de Bahía Inglesa, donde habían pasado unos días de descanso después de su operación de próstata. Allí habían coincidido con Ortega, que llegó acompañado de Oriana, su última conquista.

—Bien simpática su mujer —dijo la señora Mandiola—, pero parece que fuera su hija; debe tener como treinta años menos que él.

—Pepe ha sido siempre mujeriego. Es de esos que cambian de mujer como de camisa, pero es un buen hombre, inteligente, esforzado, honesto, muy culto y de una sola línea, no transa sus principios. En eso nos parecemos y por eso hicimos una amistad que se ha prolongado tanto. Pero somos muy distintos en cuanto al valor de la familia; para mí, eso es fundamental, a ti te consta, Laura, ¿cuántos años llevamos casados?

—Treinta y ocho —dijo ella, sin vacilar.

—¿Ves? A Pepe le he conocido por lo menos... —pensó un momento— cuatro mujeres, cinco con Oriana que debe ser una relación reciente porque no sabía de su existencia. Y tiene un sartal de hijos repartidos por ahí. En cambio, para mí, tú y Laurita son la razón de mi vida.

—¿Cómo puedes ser tan amigo de él si son tan distintos?

—Es una amistad de trabajo, no de familia. Hemos estado juntos en tantas aventuras, desde aquella vez que nos conocimos, cuando ocurrió ese famoso crimen de Semana Santa que fue mi primer acierto.

—¿Cuál crimen de Semana Santa? ¡Hubo tantos! Todos los años aparecía alguno y los diarios hablaban y hablaban del caso. Ya no los recuerdo, salvo el de las hermanas Vera Romero, ¿a ese te refieres?

—No, fue antes. El de la millonaria Candelaria Maturana, de la calle Dieciocho, ¿te acuerdas?

—¡Ah! Fue un caso muy bullado... Estábamos de novios entonces.

—Sí, de novios. ¡Qué lindo tiempo aquel!

—¿Entonces Pepe era el periodista con el que peleabas tanto?

—Peleábamos, sí. Y de las peleas nació la amistad... ¡Qué curiosas las relaciones humanas! ¡Tanto discutir con Pepe...! Con razón dicen que de la discusión nace la luz.

—A mí me preocupa Oriana, me cayó bien. ¿Cuánto irá a durar esa pareja?

—Bueno, Pepe se ve muy interesado en ella; él ya no es joven y algún día tendrá que sentar cabeza.

—¡Estos hombres...! Ojalá Oriana pueda resistirlo. Nos dejó invitados para que vayamos a conocer su casa.

—Nunca le he conocido una casa a Pepe Ortega. Creo que siempre ha vivido como los gitanos. Tampoco ha ido nunca a nuestra casa. Él es un hombre de cafés, de bares, un tipo al aire libre. Con decirte que, de joven, solía dormir en el diario, acostado sobre un escritorio y cubierto con papeles. Un anarquista, eso era, un anarquista del periodismo —Mauricio Mandiola rió—. Ahora vamos a conocer su casa, ¿cómo será? ¡Quizás con qué nos vamos a encontrar!

—Ya lo veremos —dijo Laura—, ya lo veremos.

—Estuvo bien José Ortega —dijo el Fresco Romero, y agregó enseguida: —¿y Gasset?

—Gasset le escribió la crónica —respondió el Chico Torres.

—Se la escribió mejor que tú. Vamos a dejar a Ortega reportando el caso de Semana Santa; tú apóyalo con tus contactos en la Pesca, pero veamos cuanto da este cabro, que tuvo partida de caballo inglés.

La foto que tomó Raúl Montoya desde la entrada de la casa fue portada y un golpe noticioso porque los demás diarios solo pudieron publicar la fachada de la casa del crimen. La crónica de Pepe Ortega resultó también superior a las de los competidores. Llevaba declaraciones del doctor Eugenio Maturana, un hombre respetado en los círculos médicos, sobrino de la víctima. Daba cuenta de la vida solitaria que llevaba su tía, viuda desde hacía seis años, cuya única compañía era su antigua sirvienta, Margarita, que no se encontraba en casa en el momento del crimen, el doctor Maturana ignoraba porqué. Pepe Ortega, sin embargo, había averiguado que Margarita Zapata viajó a Loncoche, a visitar a su único hijo aprovechando el feriado de Semana Santa.

Una mujer de 76 años, que solo abandonaba su casa para ir a misa, los domingos a mediodía, y ciertas tardes de viernes para asistir también a la iglesia, y que no recibía más visitas que la de sus únicos parientes —el doctor Eugenio Maturana, su esposa y sus hijos— y alguna vez el cura que llegaba a tomar el té con pastelillos, le había abierto la puerta a su asesino. Ese era

el misterio que planteaba la crónica de Pepe Ortega. No había, en efecto, ninguna señal de que la entrada hubiese sido forzada, declaró el inspector Ignacio Sánchez, a cargo de la investigación. ¿Cómo era posible?

No había respuesta para esa interrogante, pero había mucho que averiguar, y Ortega insinuaba que al día siguiente publicaría novedades sustanciosas, porque ya existían teorías entre los vecinos.

—Desde el comienzo hubo muchas teorías —dijo Mauricio Mandiola—. Es lo que pasa cuando ocurre un crimen espectacular que las noticias despliegan. Toda la gente tiene algo de Sherlock Holmes y se imagina que puede resolver el caso nada más con su imaginación.

—Ustedes también tendrían su teoría —dijo la señora Laura.

—No el primer día —repuso el comisario—. Nosotros trabajamos profesionalmente y antes de aventurar soluciones, recopilamos antecedentes. Y aún no terminábamos de recopilarlos cuando ya los periodistas avanzaban sus conclusiones hartos peregrinas.

—Los periodistas estaban haciendo su negocio.

—Ya lo creo. Y guiados por lo que ellos publicaban, la gente especulaba. Cada cual salía con una idea más loca, y muchos nos llamaban para decirnos lo que teníamos que hacer. Una situación molesta; a mí me molestaba, aunque el inspector Ignacio Sánchez, que tenía un carácter extremadamente tranquilo, lo tomaba con filosofía y se reía nada más, y continuaba con su trabajo.

—Claro que era un tema atractivo, ¿cómo pudo entrar el asesino?, ¿le abrió la puerta la señora... Candelaria se llamaba?

—Sí, Candelaria Maturana, ya te lo dije, y el nombre salió tanto en los diarios que a todo el mundo le resultaba familiar.

—Pero ella no tenía familia.

—No, salvo el doctor Eugenio Maturana, su único sobrino. La señora Candelaria había estado casada con un corredor de

la bolsa y tenía una fortuna considerable, que no mermaba porque a pesar de que su marido llevaba seis años muerto, ella mantenía sus inversiones y vivía frugalmente con su empleada; no salía, no recibía, no viajaba, no compraba ropa ni gastaba mucho en comer. En la casa tenía objetos valiosos, cuadros, antigüedades, muebles finos, gobelinos, en fin. Todo había sido revuelto, volcado, arrancado de su ubicación. Pero todo estaba allí, no se habían llevado nada, o tal vez se llevaron algo, pero dejaron mucho, y eso resultaba incomprensible. Si un tipo entra a robar, roba. Ahora, lo más probable es que no hubiera entrado solo un tipo, sino dos o tres, tal vez cuatro, y que hubieran planeado el robo, porque había mucho que llevarse y la casa estaba sola y disponían de tiempo y de tranquilidad. Entonces no se entendía que hubiesen dejado tanto objeto de valor, fácilmente reducible. Si hubieran sido ladrones avezados, habrían arreado con todo.

—Entonces, no eran ladrones avezados.

—Podía ser que no lo fueran. Pero por otra parte, ignorábamos cuanto era lo que habían llevado. Sabíamos nada más lo que dejaron. El doctor Eugenio Maturana no estaba enterado de todo lo que poseía su tía; en realidad no le interesaba. Él tenía una situación excelente y no necesitaba dinero. Por lo demás, él aparecía como heredero, a pesar de que la señora Candelaria había hecho testamento y legaba a la Iglesia cuanto podía dejar. Porque tú sabes que según la ley hay herederos forzosos, y las personas solamente pueden testar sobre la cuarta de libre disposición.

—Lo que en su caso debe haber sido una buena cantidad.

—Sí, tiene que haber sido bastante. Y todo iba a parar a los curas.

—¿No tenía una empleada de muchos años? ¿No le dejó nada? ¿Qué mujer tacaña!

—No sé, en realidad, no recuerdo con exactitud si la empleada recibía algo, pero si así hubiese sido, lo que le dejaba era poquísimos, algo irrelevante.

—¡Vieja tacaña! —exclamó la señora Laura, y volvió la cabeza para mirar el paisaje por la ventanilla del bus.

—¡Golpeados! —vociferó el Fresco Romero— ¡Golpeados como bombo en fiesta! —y descargó un puñetazo sobre la cubierta de la mesa que despertó una columna de polvo desde los papeles que la tapizaban. Sobre un mesón, a su derecha, los periódicos de la mañana desplegaban la campanada de sus primeras páginas: la empleada de la millonaria Candelaria Maturana era la principal sospechosa de haberla asesinado. Y eso no era todo: la tal empleada, Margarita Zapata, sería en realidad hija de la víctima, producto de un desliz en su primera juventud, previo a su matrimonio. —¡Nosotros somos los únicos que no decimos ni pío del asunto! La noticia está en todos los demás diarios, pero para el nuestro no existe. ¿Dónde cresta estaba usted, don José Ortega?

—Buscando a Gasset —dijo el Chico Torres. Pero ninguno celebró su ocurrencia. La ira del jefe era temible y producía, por lo general, mutismo entre sus subalternos. Solo los más antiguos, que provenían de su propia camada, se permitían obviarla. Era el caso de Torres. Pero Ortega, recién llegado, sudaba frío sin saber que responder.

—¿Dónde estaba, José Ortega, por la puta?

—Estuve todo el día trabajando en el barrio, entrevistando a los vecinos, para trazar un perfil de la víctima de acuerdo con sus observaciones.

En efecto, su crónica era una mirada plural sobre Candelaria Maturana, de los habitantes de su propio entorno, salpicada de anécdotas, de contrapuntos. Una reflexión lúcida sobre lo

desconocidos que solemos resultar los seres humanos para los demás seres humanos que comparten nuestro día a día, y que creemos saber todo lo digno de saberse los unos de los otros. Habría sido un trabajo excelente si el autor no hubiese ignorado la noticia, la espectacular noticia surgida ese día.

—A los periodistas nos interesan los hechos —dijo el Fresco Romero en tono menos agresivo—. No lo olvide nunca, José Ortega... —esta vez no hubo el obvio *¿y Gasset?*, aunque pareció tentado de incluirlo. Volvió a endurecer el tono— Y mañana tenemos que salir con una entrevista a la Margarita esa, ubíquela como sea y que desmienta todo, para que no quedemos como las bolas del chanco, siempre atrás. Con fotos, Ortega, con buenas fotos. Vaya con Raúl Montoya que trabajó bien con usted el primer día—. Bajó la vista a los papeles del escritorio y levantó uno que aparentó leer, para dar por terminada la reunión. Pero cuando Pepe alcanzaba la salida después de un tímido *bien, señor Romero*, volvió a hablar, con voz gélida—: ¡Ah!, y si no consigue entrevistar a la empleada, no se moleste en volver, váyase derecho a su casa, no más.

—Es cierto —le dijo el Chico Torres después de cerrar la puerta—, si no traes la entrevista que te encargó, es mejor que no vengas, porque va a hacer como que no estás, pasará por tu lado y no te mirará ni responderá tu saludo, y si le hablas no te va a contestar. Así es el Fresco, para que lo vayas conociendo. Es un buen periodista, es él quien maneja el diario, porque el director se da una vuelta a la hora de almuerzo y después va a dormir siesta y aparece como a las siete para ver que pondrá el Fresco en primera página. Todo el trabajo lo hace el Fresco, y lo hace bien. Por eso se le perdonan sus frescuras. Y tiene poder de vida o muerte sobre el personal. Y ahora está realmente enojado. Debes agradecer que te dio la oportunidad de entrevistar a la Margarita, porque tu trabajo es bueno; si no, ya estarías en la calle.

—Yo no tengo contactos en Investigaciones, apenas un detective joven, que está empezando. Lo llamé ayer para saber

si había surgido alguna novedad y me aseguró que no. Pero no lo conozco bien, no sé si me jugará chueco.

—Cultiva ese contacto, cabrito. Invítalo a tomar una cerveza, a comer un chacarero; esa es la manera de hacerse amigo con los ratis para que te pasen datos buenos. Pero ayer yo estuve en la Pesca y no pasó nada sobre el caso de Semana Santa. Esto salió por otro lado, a lo de la empleada me refiero. Tiene que haber sido alguna vecina que les pasó el soplo a los cabros.

—¿Pero qué vecina, si yo anduve todo el día en el barrio y hablé con Pedro, Juan y Diego?

—Igual, no puedes haber hablado con todo el mundo que conoció a la vieja. Y alguien sabía lo de la hija, el pecado de juventud y todo lo demás, y se lo contó a los periodistas; así surgen las noticias.

—¿Pero a qué periodistas? Si no apareció nadie por el sector. Te digo que estuve todo el día, ni siquiera fui a almorzar, me comí un sándwich por ahí, en un boliche, y eso fue todo. Y estaba convencido de haber hecho un buen trabajo.

—Y lo hiciste, ¿no te lo dije? Por eso el Fresco no te echó al tiro.

—Yo creí que me había llamado para felicitarme —Pepe Ortega sonrió, y Torres rió francamente.

—El Fresco no felicita a nadie. El que hace bien su trabajo, con su obligación no más cumple. El que lo hace mal, a ese lo putea.

—No es muy estimulante para el personal.

—Nosotros no necesitamos estímulos; estamos para la patada y el combo. Por eso hay que ser bien hombre para ser periodista.

Pepe Ortega recordaba ahora, en la tranquilidad de su oficina, pulcra, ordenada, de moderada elegancia, aquellos tiempos. Él se había convertido en el Fresco Romero de hoy, pero que distinto se sentía. Entonces había que ser bien hombre para ser periodista. Ahora, el sesenta por ciento del personal bajo su mando era de sexo femenino. Y aunque entonces

hubo periodistas de excepcional valor, el promedio de hoy era más eficiente que el de entonces. Tenía que ser así porque las exigencias eran también mayores; exigencias que no imponía la competencia, porque la de entonces era más intensa que la actual, mitigada por la asociación de empresarios periodísticos que se unen para cuidar sus intereses comunes, lo que entonces no existía. Existía la guerra a muerte. Y él, en ese primer caso policial que cubrió, estuvo a punto de ser víctima de esa guerra. ¿Qué habría pasado si no hubiese conseguido entrevistar a Margarita Zapata? ¿Lo habría despedido realmente el Fresco Romero? ¿En qué estaría ahora? Pepe Ortega sonrió. Sí, lo más probable es que Romero lo hubiese despedido, pero en ese caso él habría ido a solicitar empleo a otro diario, y de uno en uno los habría recorrido todos. No podía proyectarse en otra actividad que no fuera el periodismo. El Fresco Romero era atrabiliario, pero tenía razón. Si no hubiera sido por el Fresco y otros personajes como él, Pepe Ortega no sería Pepe Ortega. Y el mundo no sería el mismo mundo, tan distinto del de aquellos años.